

Reflexiones acerca del funcionamiento y de las finalidades de los sitios con piedras grabadas

117

Jean Guffroy

El entendimiento de las condiciones de creación y de uso de los sitios con petroglifos, así como la comprensión de sus relaciones con otras prácticas socioculturales de las sociedades agrarias andinas, constituyen preguntas importantes aunque de difícil solución. Estas cuestiones, que pueden ser aplicadas de manera independiente en cada sitio pero también a un nivel más general, se complican por la necesidad de tomar en cuenta probables singularidades regionales y importantes evoluciones temporales. Sin embargo, el análisis de ciertos parámetros permite poner en evidencia elementos que indican una real organización del acto de grabar, implicando su relación con rituales o actividades sociales singulares. Entre los elementos más significativos se notan: la ubicación y la organización de los sitios; su relación con zonas ecológicas o paisajes específicos, con los caminos de comunicación o con restos arquitectónicos y funerarios; así como la naturaleza y la evolución de las figuras grabadas durante los últimos 3 mil años de la época prehispánica. Insistiremos particularmente sobre algunos elementos cuya presencia repetida, sobre un vasto territorio y un largo periodo de tiempo, parece significativa.

1. Frecuencia de los sitios petroglíficos

Los elementos de juicio en cuanto a la cuestión del uso y de la finalidad de los sitios con petroglifos presentan una cierta diversidad, tanto en su naturaleza como en sus implicaciones, que —verosímilmente— traduce variaciones regionales y cronológicas en sus funciones culturales y sociales. Sin embargo, sitios con petroglifos pertenecientes a regiones y épocas distintas presentan también numerosos puntos comunes que dejan entrever la existencia de prácticas o ritos claramente definidos y ampliamente difundidos, marcados por una evolución continua.

118

El primer punto relevante es la relativa escasez de estas manifestaciones. A pesar de que cerca de 400 sitios con petroglifos han sido hasta ahora registrados sobre el territorio peruano (Hostnig, 2004), el hecho de grabar sobre las rocas no parece haber sido un gesto tan común, que se realizaba en cualquier momento ni en cualquier lugar. Tanto la distribución espacial como temporal de los yacimientos parece indicar la existencia de una lógica subyacente que limita la dispersión de las piedras grabadas y organiza su repartición. En la gran mayoría de los valles costeros, los sitios petroglíficos están presentes en pequeña cantidad, en sectores limitados y contienen un número relativamente reducido de piedras y de glifos. En los sitios que tienen menos de 10 piedras grabadas, que constituyen la gran mayoría de los casos, la frecuente homogeneidad (y singularidad) de las figuras grabadas sugiere, a menudo, que el acto de grabar se realizó en una o pocas sesiones, con cierta unidad estilística. En los sitios de mayor importancia, algunos de ellos probablemente visitados durante varios siglos, el número de piedras y de glifos no parece enorme si se considera el tiempo ocurrido. Así, en Checta, se han podido registrar cerca de 420 piedras grabadas sobre las cuales fueron grabados unos 4 700 glifos (líneas y cúpulas aisladas comprendidas), entre los cuales apenas unos centenares son representaciones figurativas o semifigurativas. Si se acepta, a título de hipótesis, una ocupación de 500 años, sea menos que la duración del periodo Intermedio Temprano, periodo al cual está verosímilmente asociado este sitio, obtenemos un promedio de cerca de una piedra, nueve glifos y menos de una representación figurativa grabada al año. Cual sea la aproximación de tales cálculos, parecen indicar que, hasta en los sitios mayores, el acto mismo de grabar corresponde verosímilmente a una parte mínima (aunque obviamente básica) de las actividades realizadas. El sitio de Toro Muerto parece constituir una cierta excepción por la gran cantidad de piedras grabadas, y esta relativa inflación indica probablemente una evolución en las prácticas, manifiesta en otros aspectos, y ligada con la posición cronológica y geográfica del sitio. Sin embargo, el mismo cálculo (cerca de 5 000 bloques en quinientos años) da un promedio de 10 rocas y unos centenares de glifos grabados al año, lo que tampoco sería mucho.

Por otro lado, no tenemos evidencias que estos grandes sitios hayan sido grabados o usados durante un periodo muy corto. Al contrario, en algunos de los sitios mayores, tal como «Alto de las Guitarras», existen evidencias de la presencia de representaciones de épocas muy diversas, que corresponden a visitas dispersas sobre siglos y milenios.

De lo anterior, se desprende una primera visión de los sitios grabados, en la cual el acto de grabar representa una actividad primordial y repetida, pero no tan frecuente (o de duración no tan larga), verosíblemente asociada con prácticas sociales, rituales o eventos singulares. Se puede también deducir, de manera hipotética, que la significación de estas manifestaciones no resulta únicamente del acto de grabar, ni en el momento de la representación, si no también en el estatuto de los lugares con piedras grabadas y las actividades que se realizaban en o cerca de ellos. Desde este punto de vista, existe probablemente importantes diferencias de estatuto entre los sitios que agrupan unas pocas piedras grabadas y los grandes campos petroglíficos.

2. Distribución espacial y temporal

Ya hemos insistido en trabajos anteriores (Guffroy, 1987; 2003) sobre los datos que sugieren una distribución espacial y temporal evolutiva del arte rupestre grabado. Aunque existen rocas grabadas muy probablemente asociadas con los grupos de cazadores recolectores del periodo precerámico, tal como en el sitio de Jaqui Withu (valle de Salcedo) en el departamento de Puno (Bustanza Chipana, s/f), los sitios con piedras grabadas están asociados, en su gran mayoría, con las culturas agroalfareras desarrolladas durante los dos o tres últimos milenios de la era precolombina.

Desde el punto de vista espacial, existe una nítida diferencia en la densidad de los sitios entre las zonas costeras, donde aparecen algunos yacimientos en cada valle, y la sierra más alta, donde las piedras grabadas quedan relativamente escasas, y el arte pintado es más frecuente. Los sitios con piedras grabadas vuelven a ser bastante frecuentes en la vertiente oriental de los Andes.

Cruzando estos datos con el análisis iconográfico de las representaciones y los datos arqueológicos, he propuesto (Guffroy, 1999: 71-79) la existencia de cuatro grandes grupos con áreas de dispersión y atribuciones cronológicas distintas. El primer grupo corresponde a las figuras características de la iconografía formativa que están presentes, en su gran mayoría sino totalidad, en los valles de la costa norte, donde se desarrollaron manifestaciones de la cultura Cupisnique y tradiciones afines (en los departamentos de Lambayeque, La Libertad, Cajamarca, Ancash).

Su ubicación temporal puede variar entre el periodo Inicial y el Horizonte temprano (sea 1800-200 a.C.), aunque la iconografía de varias de estas representaciones parece más ligada con la parte final de esta secuencia (fases Cupinisque medio y tardío). El reciente descubrimiento de figuras grabadas de estilo formativo en la parte alta de la quebrada Canto Grande (valle del Rímac), así como el estilo de algunos petroglifos de Huancor, sugieren que la aparición de estas prácticas ocurre probablemente, en la costa central, durante los últimos siglos que anteceden nuestra era.

120

Existe obviamente una cierta continuidad temporal y cultural entre este grupo «formativo» y el conjunto posterior (B) que aparece al norte y sur del primer núcleo. Sin embargo, la naturaleza muy distinta de las representaciones y agrupaciones sugiere un cambio significativo en las funciones de las piedras y la naturaleza de los sitios. Los petroglifos del conjunto B se encuentran desde el sur ecuatoriano hasta el valle de Palpa. Fueron probablemente grabados, en su mayoría, durante el periodo Intermedio temprano y hasta el Horizonte medio. El tercer grupo (C) corresponde a los sitios grabados ubicados en el sur del país, que muestran nuevas singularidades en cuanto a las figuras representadas y parecen haber sido ocupados entre el Horizonte medio y el Horizonte tardío. Un último grupo (D) agrega las figuras grabadas en la vertiente oriental de los Andes, tienen correspondencias estilísticas con los grupos B y C, y podrían representar varias tradiciones distintas. Se encuentran desde el norte del Ecuador hasta Bolivia, con mayor frecuencia en algunas áreas tal como el valle superior del Upano (Ecuador), la cuenca de los ríos Chinchipe y Marañón (Cajamarca), Cachiyacu (Loreto) o Huacayoc (Cuzco).

Esta distribución se acompaña de una asociación muy privilegiada, en la vertiente Pacífica, con la zona de Chaupi Yunga (500-1 500 m.s.n.m.), en la cual se encuentra la gran mayoría de los sitios costeros y todos los sitios de primer rango. Una posible explicación de tal distribución territorial puede ser buscada en una eventual relación con las áreas de producción y los caminos de comercialización y de distribución de la coca (Guffroy, 1987; 1999). Los datos que permiten establecer posibles nexos entre estas actividades son de diversa índole y conciernen sitios ubicados en diversas regiones, y asociados a diferentes épocas.

Esta hipótesis fue formulada, en primer lugar, en cuanto a los petroglifos de Checta, sobre la base de los datos etnohistóricos recopilados por María Rostworowski (1967-1968), que ponen en evidencia la importancia y antigüedad del cultivo de dicha planta en la parte media del valle del río Chillón, y particularmente en los alrededores del sitio. En la misma costa central, otra posible relación con la coca fue igualmente señalada por Eeckout (1997: 549) para el sitio de petroglifos de Chuchusurco (Antapucro), en el valle de Lurín, donde existen

elementos comparables con Checta (piedras con cúpulas). Eeckhout reporta la presencia en la misma zona, al lado de un santuario probablemente dedicado a uno de los hijos del dios Pariacaca, de plataformas que parecen haber sido destinadas a la cremación de hojas de coca, que constituyan las ofrendas a esta *huaca*. Recuerda también la existencia, en las cercanías, de un camino que unía los valles de Rímac y Lurín, pasando por el sitio de Cocachacra, y supone, basándose en un texto de Francisco de Ávila, que las ofrendas de coca recién madura daban la oportunidad a las etnias de los diferentes valles de encontrarse y de realizar importantes ceremonias. La ubicación de los sitios petroglíficos en las cuencas de los ríos Chancay, Chillón, Rímac y Lurín podría estar ligada con tales redes de comunicación que ligaban las partes medias de los valles, cruzando las cordilleras. Otro posible camino parece haber unido, en la costa norte, los sitios de Alto de Las Guitarras, El Vagón y Queneto. En este último caso, se ha recientemente propuesto la hipótesis de una asociación con la comercialización de la sal (Campana, 2004). Cual sea la diversidad de los productos movilizados, las hipótesis se acercan en poner en evidencia una posible conexión entre diversos sitios ubicados en alturas comparables en valles vecinos.

Más allá de la costa central, Rostworowski (1973) señala la existencia de datos etnohistóricos que atestiguan el probable cultivo prehispánico de la coca en las áreas de Rauri (río Chancay), Simbal (cerca de Trujillo), Ocro (cerca de Castrovirreina), Chicama, Chuquillanqui, así como en el valle del río Moche, en zonas cercanas a importantes sitios petroglíficos (respectivamente Colcapampa, Simbal, Rurupa, San Bartolo, Jaguay, Cerro del Diablo, Alto de las Guitarras, Tres Cerritos...). Existen también datos similares que conciernen la vertiente oriental de los Andes: así, Valcarcel (1926) indica la presencia de una roca grabada con cúpulas dentro de campos de coca, en la provincia de La Convención. Otra observación pertinente proviene del extremo norte del Ecuador, donde recientemente Bray (2001) ha observado la presencia de petroglifos sobre terrazas de cultivo probablemente sembradas con coca, ocupadas durante el periodo incaico. La asociación de petroglifos con terrazas de cultivo (sin más precisiones sobre el tipo de plantas cultivadas) ha sido señalada en numerosas localidades, dispersas sobre todo el territorio peruano.

3. Estructuras asociadas

Los diversos tipos de estructuras, a menudo asociadas con las piedras grabadas, parecen reflejar evoluciones temporales importantes y significativas. La cercanía de construcciones ceremoniales ha sido señalada en varios sitios, principalmente ubicados en la zona norte, tal como Huaricanga, Caral, Sechín, Chavín, La Galgada, Alto de las Guitarras, Queneto, Udimá, Monte Grande, y parece ser

una característica de los sitios más tempranos. Sin embargo, no se puede excluir que estas rocas hayan sido grabadas después del abandono de estos asentamientos, a manera de recordatorio. La presencia de corrales sencillos es frecuente en los sitios del grupo B, ubicados en los valles de la costa norte y central. En Checta, existen restos de círculos de piedra, algunos probablemente modernos, así como una posible estructura ceremonial dentro del sitio habitacional ubicado en una cumbre cercana.

122 La existencia de tumbas está señalada sobre sitios más tardíos, ubicados, en su mayoría, en el sur del país (grupo C). Así, en el departamento de Arequipa, se ha reportado la presencia de entierros en cerca de 25 % de las localidades petroglíficas. Tal porcentaje indica sin duda una asociación significativa, sin que se pueda deducir si corresponde a una función primordial o secundaria de los sitios. La presencia de cuerpos enterrados fue también señalada en algunos sitios de la costa norte y central, como Yonán o Calango (Guffroy, 1999: 89-90). Se debe también notar la existencia de diversos conjuntos originales, ligados con el arte petroglífico, y con ubicación espacial y temporal particular, tal como las figuras grabadas sobre las piedras de las iglesias, particularmente frecuentes en la sierra sur y los alrededores del Cuzco y fechadas del periodo colonial; o las piezas mobiliarias (cantos rodados, lajas o tiestos), presentes en diferentes tradiciones culturales. El grado de relación entre petroglifos y geoglifos merece también ser investigado.

4. La naturaleza de las figuras grabadas

El estudio de las figuras grabadas permite caracterizar con más precisión las evoluciones que han podido ocurrir en el transcurso del tiempo. Permite también poner en evidencia unos rasgos interesantes en cuanto a la significación de este arte. Una característica de los petroglifos del grupo A es el frecuente aislamiento de las figuras, que ocupan una posición céntrica sobre la cara grabada. Los motivos, que tienen parecidos en el arte contemporáneo, no se repiten en un mismo sitio y difieren de un sitio a otro (músico, guerreros, felinos, figuras antropozoomofas, seres monstruosos, símbolos). La observación de Nuñez Jiménez (1986: 93) acerca del sitio de Cerro Mulato donde «cada petroglifo está tallado en una piedra» puede ser extendida —bajo ciertas condiciones— a varios otros grandes sitios de la época temprana. Sin embargo, dentro del grupo B, este aislamiento concierne sobre todo las figuras de felinos y aves rapaces, las máscaras antropomorfas y ciertos zoomorfos (insectos, lagartos, zorros). Mientras tanto, otros animales (tales como las aves esquematizadas, los peces, los camélidos y los cérvidos), las siluetas antropomorfas y los signos geométricos se encuentran más frecuentemente aggrupados o incluidos en figuras complejas. Esta posible diferencia de categoría se refleja también, a menudo, en la calidad del grabado,

así como en las dimensiones de las figuras; las del segundo tipo siendo siempre más reducidas. Al contrario, en los grupos C y D, así como en los pequeños sitios de la costa central, no existen figuras únicas o céntricas, y el tamaño relativo de las diferentes representaciones viene a ser más constante. Por otra parte, en los sitios sureños, tal como Toro Muerto, la asociación de los diferentes dibujos se hace por simple yuxtaposición y no por inclusión en un motivo de trazos complejos, tal como en los grandes sitios del grupo B. Esta evolución parece acompañarse con una reducción de la diversidad y una cierta esquematización de las figuras grabadas.

Las depresiones circulares grabadas o cúpulas son frecuentes en todos los grandes sitios de los grupos B y, en menor grado C, donde aparecen bajo diferentes formas: aisladas, en agrupación, filas, o motivos, hasta cubrir en algunos casos toda una cara o piedra grabada. Empezaremos el estudio de estas últimas obras, que podrían haber tenido una función particular dentro de los campos petroglíficos, por el caso de Checta, donde su importancia puede ser claramente puesta en evidencia.

123

5. Estudio de un caso: Checta

El análisis de la organización de un sitio tal como Checta (fig. 1) permite precisar algunos puntos ya tocados. El sitio de Checta se ubica en una zona que ha conocido una densa ocupación desde el periodo precerámico final hasta la llegada de los españoles. Cerca de 20 sitios arqueológicos, pertenecientes a diferentes periodos, fueron registrados en un círculo de 5 km. Al lado de Checta, que contiene cerca de 430 piedras grabadas, existen, unos dos kilómetros río abajo (quebrada Pucara) y dos 2 kilómetros río arriba (Santa Rosa de Quives), dos sitios de menor importancia (menos de 15 piedras grabadas), con petroglifos comparables, que parecen flanquear el sitio principal. Se encuentran también, en la misma área, algunas piedras grabadas aisladas.

La planicie sobre la cual se encuentran las piedras grabadas presenta muy pocas huellas de ocupación. Se nota particularmente la ausencia casi total de material cerámico, presente en cantidades generalmente notables en los otros yacimientos del valle, que sean de funciones habitacionales, agrícolas o funerarias. No existen tampoco restos de fogones, basurales o de consumo de alimentos. Los únicos vestigios visibles en el yacimiento corresponden a unos círculos de piedra, de menos de 10 m de diámetro, algunos de ellos siendo posiblemente modernos.

Existen también, en la parte alta, unas pequeñas terrazas represas, ubicadas al pie del cerro, que pueden haber sido usadas por cultivos, en una época indeterminada. Más hacia el fondo de la quebrada, sobre otra planicie, fueron construidas unas

terrazas de cultivos y restos de construcciones, con cerámica del periodo Intermedio Temprano, a los cuales está asociada una piedra grabada cubierta de cúpulas. Otro elemento que podría haber sido incluido en el mismo sistema ritual consiste en una estructura arquitectónica que forma parte del sitio ubicado en la cumbre de un cerro (Cerro Pucara) que domina los petroglifos. Este sitio, cuya ocupación final está asociada con un fechado ^{14}C de 1480 ± 90 BP (cal. A.D. 389-693), está conformado por ocho sectores principales, de los cuales uno parece haber tenido una función ritual o ceremonial en relación con los petroglifos. Esta estructura se ubica en el límite de la vertiente abrupta de la quebrada que separa los dos sitios, y se compone de tres niveles sobrepuestos de plataformas y construcciones de un ancho de unos 5 metros.

La distribución de las piedras grabadas no está homogénea en el sitio, y parece testimoniar una cierta voluntad de organización que acompañó la realización de los petroglifos. Los 430 bloques rocosos grabados están irregularmente dispersos sobre una superficie de 8 000 m² (fig. 2). La zona de mayor concentración forma un paralelogramo de 30 x 180 m, orientado sureste noroeste, delimitado, por un lado, con una quebrada profunda y por el otro, con la ladera del pequeño cerro de donde provienen las piedras caídas. En promedio, una tercera parte de los bloques rocosos presentes en esta zona llevan un grabado. Sin embargo, el análisis de la distribución de las rocas grabadas y de sus densidades relativas parece indicar una progresión de la explotación, desde la zona baja y la parte oeste (45 %), por donde se da el acceso actual. Los bloques ubicados en los sectores más altos han sido utilizados de manera menos intensiva (26 %), posiblemente a medida de la escasez de las piedras aprovechables en las primeras zonas.

Aunque todas las figuras parecen pertenecer a un mismo conjunto estilístico, una cierta duración de ocupación es sugerida por las diferencias marcadas que existen entre los diversos sectores, tanto en la distribución de las piedras como en los temas tratados. En la parte baja del sitio, predominan los petroglifos no figurativos —sencillos o más complejos— así como las figuras solares, mientras que los motivos antropomorfos y zoomorfos son relativamente escasos. Entre estos últimos, aparecen representaciones de cuadrúpedos (cérvidos y probablemente camélidos), insectos y serpientes. Algunas de estas figuras zoomorfas son de pequeñas dimensiones y poco visibles, mientras las composiciones complejas ocupan espacios mayores. En este primer sector, la única evidencia de arreglos particulares es la presencia de un medio círculo de piedras, hoy en día muy arruinado.

Subiendo, aparece una primera zona de vacío donde las figuras grabadas se limitan a petroglifos sencillos —a menudo una raya, una cruz o círculo—. Le siguen dos concentraciones interesantes con numerosas representaciones de figuras antropomorfas, zoomorfas, figuras solares y cruces. Dentro de una de ellas aparece

una primera cabeza felínica con tocado de plumas, representación que viene a ser más frecuente en la parte central del sitio. En este sector, es particularmente notable una cierta concentración de las figuras por temas y la frecuente asociación de los felinos y aves rapaces. Las siluetas y cabezas antropomorfas son también numerosas, mientras que las figuras solares y en forma de serpientes se vuelven menos frecuentes. Después de una nueva zona un poco vacía, se entra finalmente en la parte más alta, donde existe una menor cantidad de petroglifos, pero una mayor concentración de motivos antropomorfos y zoomorfos, como camélidos y venados. En todo este sector aparecen los vestigios de pequeñas estructuras, en forma de terrazas, dispuestas en la depresión ubicada al pie de la elevación principal. Existen también petroglifos más aislados en la falda media del cerro, entre los cuales predominan las cabezas zoomorfas de gran tamaño (fig. 3). Sobre otra terraza —ubicada más al fondo de la quebrada— una única piedra grabada con cúpulas está claramente asociada con restos de construcciones y vestigios cerámicos del periodo Intermedio Temprano.

125

La distribución particular de los petroglifos fue también notada en Toro Muerto. Según Nuñez Jiménez:

«En el complejo, extenso y muy prolijo de petroglifos de Toro Muerto, comprobamos cierto grado de agrupamiento de temas y estilos por áreas. Así, los danzantes enmascarados se localizan fundamentalmente en el sector Noroeste, mientras que los músicos tamborileros se ubican en el sector suroeste, al igual que las águilas y otras aves que menudean mucho en la parte central de aquel campo petroglífico». (1986: 339)

El mismo autor destaca también que:

«Existen dos estilos bien diferentes. Unos dibujos, como los danzantes enmascarados, son tallas llenas, es decir como si las figuras fueran en parte silueteadas, mientras que sus cabezas son linealmente delimitadas, es decir, no están rellenas; Otros, como los músicos tamborileros, situados en otro sector de aquella localidad petroglífica, son figuras totalmente rellenas por percusión superficial, mientras que las primeras fueron talladas más nítidamente». (1986: 339)

Como en el caso de Checta, parece posible justificar estas distribuciones tanto como consecuencias de una cierta segregación por tema, como de una evolución temporal; sin que la importancia relativa de las dos causas pueda ser bien establecida.

La ubicación particular de ciertas piedras grabadas dentro del sitio ha sido también señalada en otras localidades, tal como en el Alto de las Guitarras (revisar texto de Campana en este volumen) y Cerro Mulato, donde:

«En un sitio visible y en la parte céntrica del cerro, existe una gran piedra colocada verticalmente que simula un *menhir*, allí se nota escasamente una figura humanizada que por su forma y preferente colocación debe representar a una divinidad». (Santillán Oliva, 1959: 68)

La distribución de las piedras grabadas, así como su carácter discreto en el paisaje, que necesita un acercamiento, sugieren la existencia de ritos deambulatorios, durante los cuales se podía realizar tanto el acto de grabar como de descifrar y reconocer las figuras. Recordamos que las cabezas felinas y máscaras que aparecen en varios sitios pueden haber sido asociados a bailes y fiestas (Guffroy, 1999: 109). En otros casos, encontramos, sobre piedras grabadas en localidades distantes, una misma asociación de figuras (por ejemplo: ave, cruz, figura solar, cabeza antropomorfa, serpentiformes (Guffroy, 1999: fig. 44) que podría haber sido relacionada con mitos o cuentos, difundidos sobre un vasto territorio.

126

6. Las piedras con cúpulas en Checta

Existe en Checta otro grupo de piedras grabadas cuya distribución muy singular implica una cierta organización del sitio. Se trata de 6 piedras que llevan un gran número de cúpulas, y que se encuentran en una ubicación periférica en cuanto al núcleo del sitio, marcando así sus límites. Este tipo de grabado está presente, en primer lugar, dentro de las tres pequeñas rocas aisladas que marcan la entrada del sitio en su extremidad noroeste (fig. 4). Se encuentra, de nuevo, cerca de la quebrada, al oeste de la zona central, sobre dos grandes bloques aislados que presentan una cara plana casi horizontal, así como sobre la última piedra grabada en la parte más alta del yacimiento. La presencia, sobre tres de estas piedras, de ranuras de pulimento —a veces profundas— sugiere también su asociación con actividades singulares. Las cúpulas, que pueden ser o no asociadas con trazos grabados, no parecen distribuidas de manera aleatoria, sino que parecen formar líneas hasta, tal vez, motivos. Los dos grandes bloques que presentan una cara plana están cubiertos por miles de depresiones grabadas de dimensiones regulares (fig. 5). Tienen un mismo aspecto general, pero difieren en algunos detalles. Sobre la más norteña aparecen varios petroglifos y trazos, mezclados con las cúpulas y ranuras de pulimento (fig. 6). Aunque la identificación de las figuras grabadas es difícil, parece factible reconocer la representación esquematizada de un pescado, la cabeza de otro, una concha marina y un cuarto animal que semeja una medusa, lo que parece indicar una referencia común al tema del mar.

La segunda roca plana, ubicada a unos 15 m de distancia, tiene un ancho máximo de 1,40 m por 1,80 m de largo (fig. 5). Lleva, casi únicamente, cúpulas de dimensiones variadas (entre 1 y 5 cm), y ranuras de pulimento. En

varios sectores de la roca, las cúpulas parecen formar pequeños alineamientos —rectilíneos, curvos o circulares— que podrían conformar, en combinación con las fisuras naturales y las ranuras de pulimento, motivos más complejos. La búsqueda de una cierta confusión visual, propicia a la creación de imágenes, podría muy bien haber sido uno de los efectos deseados. El uso combinado de otros procedimientos, tal como la aspersion con un líquido, puede también haber facilitado la materialización de figuras. Es muy probable que estas dos piedras hayan sido usadas en ritos particulares llevados a cabo dentro del campo petroglífico. La presencia de ranuras de pulimento, que implica el uso y afilamiento repetido de instrumentos cortantes, así como su forma general, podrían reflejar su eventual utilización como tablas de sacrificio. Pero existe también claramente una voluntad de cubrir completamente la roca, manifiesta en el tratamiento de las paredes verticales, en las cuales las ranuras y depresiones llegan hasta el suelo. Por el efecto visual obrenido, es probable la referencia implícita al cielo estrellado y a las constelaciones. El conjunto de estos elementos hace de estas rocas verdaderas piedras de misterios, propicias a la ejecución de diversos rituales.

127

Elementos comparables aparecen sobre la última piedra grabada en la parte alta del sitio. Se trata de un bloque de grandes dimensiones que enseña, en su cara delantera, un petroglifo complejo en cuya parte superior se reconoce un ser antropomorfo (fig. 7). En sus dos lados, aparecen un gran número de cúpulas, así como otros trazos y círculos. Su espina superior está tallada, sobre todo su largo, con ranuras de pulimento cortas pero profundas. La ausencia de tales ranuras sobre las demás rocas grabadas en la localidad confirma la singularidad de estos bloques, que por su distribución parecen delimitar el sitio. Otra piedra cubierta por tacitas fue encontrada más al fondo de la misma quebrada, en asociación con probables terrazas de cultivo, en un lugar donde no existen otros petroglifos. A estos elementos se puede agregar una última pieza mobiliaria (fig. 8). Se trata de un canto rodado, de cerca de 50 cm de diámetro, descubierto en los años 80, en un potrero de la quebrada Pucara, a un kilómetro, río abajo de Checta. Sus dos caras están cubiertas de cúpulas de diversos tamaños, con un aspecto semejante a las grandes rocas antes descritas. Esta diversidad de contextos parece confirmar tanto la importancia simbólica de estas rocas como una probable diversidad de sus funciones.

7. Las piedras con cúpulas en los demás sitios

Piedras semejantes a las de Checta se encuentran en varios otros sitios peruanos, bajo formas diversas. Ya hemos señalado su presencia en el sitio de Chuchusurco en el valle de Lurín (Eeckhout, 1997), donde ocupan también una posición excéntrica en cuanto a los otros petroglifos. Shimada *et al.*, (1985: 143) indican

la presencia de tales bloques en la cuenca del río La Leche, en el sitio de Mochumí Viejo, donde están asociados con petroglifos (Shimada *et al.*, 1985: fig. 28), así como en la base del promontorio del Cerro de la Calera. Este último monolito (Shimada *et al.*, 1985: fig. 29), que parece encontrarse aislado, tiene una forma rectangular (1,5 m de largo por 4,5 m de ancho) y está cubierto con depresiones regularmente talladas. Para los autores, estas depresiones podrían haber marcado importantes puntos de mira o fronteras territoriales. Asocian estas obras con otras manifestaciones del Horizonte temprano. En la misma región, se ha señalado la presencia, sobre la margen derecha del río Chiñama (Alva Mariñas, 1986), de varias piedras de dimensiones variables en cuya superficie plana superior se han excavado tacitas circulares de tamaño también diverso. Estas tacitas, que son de diámetro superior a las cúpulas de Checta, están asociadas, sobre algunas rocas, con canales. En el mismo sitio existen evidencias de arquitectura, así como un monolito de grandes dimensiones, en forma de cilindro cortado que lleva representaciones de seres antropomorfos y zoomorfos. Es interesante señalar que la existencia de monolitos parados parece caracterizar una tradición particular que se encuentra de los lados de la frontera entre Perú y Ecuador, en los departamentos de Piura, Cajamarca y Loja.

En el valle del río Fortaleza, dos piedras de aspecto comparable han sido grabadas en el sitio de Huaricanga, cerca de una estructura cuadrada que lleva en su centro otro monolito parado. Las cúpulas están asociadas con trazos complejos en forma de laberintos y figuras circulares, algunas con un punto central (Nuñez Jiménez, 1986: 597). Otras piedras parecidas a las de Checta se encuentran en Cerro Sechin y Caral, así como en el sur del país, en el sitio de petroglifos de Pitis (Nuñez Jiménez, 1986: fig. 2103) y en el sitio de Cerro Cruz Moqo en el departamento de Cusco (Hostnig, 2004: 128). Es muy probable que rocas semejantes existan en otras localidades, donde no fueron hasta ahora señaladas.

Las cúpulas están también presentes, bajo formas un poco diferentes y generalmente en asociación con otros trazos grabados, en otros sitios petroglíficos. Pueden entrar en la composición de figuras o paneles, tal como en la quebrada de los Boliches (Nuñez Jiménez, 1986: figs. 17, 24, 25), Palamenco (Nuñez Jiménez, 1986: figs. 965-966) y Huancor, o formar parte de alineamientos que figuran triángulos y cruces, como en Cerro Mulato. En algunos casos, las depresiones grabadas suelen también representar figuras zoomorfas (sapo, llama), tal como en Yonan y Huancor. Dentro del grupo C, aparecen en la mayoría de los sitios bajo la forma de alineamientos paralelos, que separan o subrayan otras figuras. Es posible también suponer una cierta filiación (Guffroy, 1999) con las rocas trabajadas con pocitos, fechadas del periodo Horizonte Temprano, así como manifestaciones más recientes (fechadas de los periodos Intermedio Tardío y Horizonte Tardío), tales como las piedras y adobes ahuecados provenientes del sitio de Pachacamac.

Este escaso, y seguramente muy incompleto, registro atestigua sin embargo la amplia distribución —tanto temporal como espacial— de este tipo de obra y tienden a confirmar el papel importante que han tenido las piedras con cúpulas dentro del arte petroglífico. Aunque resulta difícil establecer sus funciones precisas, que han podido ser múltiples, las relaciones sugeridas con el mundo cósmico y los ritos de fertilidad, así como con las prácticas de sacrificio y adivinación parecen significativas.

Conclusiones

Ante todo, parece que no existe una explicación única que permitiría entender el significado del arte grabado en su globalidad. Sin embargo, el hecho de que cada sitio representa un caso particular no excluye la existencia de referencias comunes. El estudio de las funciones de los sitios petroglíficos puede adelantarse en base a dos grandes tipos de análisis: la puesta en evidencia de los elementos comparables que testimoniarían algunas características significativas; y el análisis de la organización interna de los sitios que puede reflejar su funcionamiento y el tipo de actividades realizadas.

La primera línea de estudio sugiere tanto la existencia de prácticas y ritos comparables, como una cierta evolución temporal en las funciones de los yacimientos. Las relaciones con el cultivo de la coca o la asociación con caminos de comunicaciones tienen ejemplos dispersos sobre un gran espacio y diversas tradiciones culturales, mientras que otras características, tales como la presencia de entierros, la asociación con piedras paradas o estructuras ceremoniales, parecen reflejar tradiciones con una distribución espacial y temporal más reducida. Adelantos significativos pueden ser esperados logrando una mejor definición de las tradiciones regionales y de su inserción en las prácticas culturales locales. El análisis de la organización interna de los sitios, tal como se realizó en Checta, permite vislumbrar la eventual existencia de una cierta organización del campo petroglífico, así como agrupaciones temáticas. Tal como los petroglifos en su paisaje, estas organizaciones quedan, sin embargo, muy discretas y probablemente poco rígidas.

En los sitios más grandes, que parecen justificar la denominación de templos al aire libre, el acto de grabar representa una etapa primordial pero no única del funcionamiento. La grabación de las figuras, que en algunos sitios se ha podido llevar a cabo sobre un largo lapso de tiempo, se acompañó verosímilmente de la realización de otras actividades, como bailes, procesiones, ruegos, sacrificios, adivinanzas, hechicerías, curaciones. Hay que recordar también que sobre la mayoría de los sitios, los grabados que se encuentran, y de lejos, en mayor número, corresponden a simples trazos rectos o curvos, a cúpulas y rayas. El

hecho de grabar una figura tan sencilla puede haber representado, en muchos casos, un gesto significativo y constituye, en todo caso, una práctica mucho más frecuente que la representación de un magnífico felino sobre la cara grande de una piedra bien visible. Existe probablemente evoluciones en este aspecto; los grabados sencillos no figurativos siendo mucho más frecuentes en los sitios del grupo B que en los grupos A y C. Obviamente, se puede también esperar nuevas pistas de investigación trabajando sobre el significado de las figuras grabadas y sus asociaciones repetidas. Varias de las representaciones y escenas figurativas parecen tener un aspecto mitológico o anecdótico escondido detrás de la simple figuración. Nos queda por entender por qué y bajo qué condiciones, estos pedazos de historias quedaron plasmados en la piedra. Finalmente, no se debe olvidar que, una vez grabadas, estas representaciones quedaron y fueron obviamente objetos de interacciones e interrogaciones hasta nuestros días, donde las actuaciones se reparten entre desdén, preservación y deterioro.

Referencias citadas

- ALVA MARIÑAS, P., 1986 – *Chinama: un sitio formativo en la parte alta del valle de Motupe*; Chiclayo. Simposio sobre la investigación arqueológica en el norte peruano.
- BRAY, T., 2001 – Pimampiro project. Current research in Andean archaeology. *Andean Past*, 6: 369-372; Ithaca: Cornell University.
- BUSTINZACHIPANA, J.D., s/f – *Arte rupestre en el valle de Salcedo. Una introducción a su estudio*; Puno.
- CAMPANA, C., 2004 – *La sal, el poder y los petroglifos del Alto de las Guitarras*; Lima: EPAR-1. Resumen de ponencia.
- EECKHOUT, P., 1997 – Pachacamac (côre centrale du Pérou). Aspects du fonctionnement, du développement et de l'influence du site durant l'Intermédiaire Récent (ca. 900-1470), 4 tomes; Bruxelles. Thèse de doctorat de l'ULB.
- GUFFROY, J., 1987 – Nuevas hipótesis sobre los petroglifos de Checta y otros sitios principales. *Boletín de Lima*, 51: 53-59; Lima.
- GUFFROY, J., 1999 – *El arte rupestre del antiguo Perú*; Lima: IFEA, IRD.
- GUFFROY, J., 2003 – New researchs and discoveries in Peruvian rock art's studies. In: *Rock art studies. News of the world II* (Bahn, G. & Fossati, A., eds.): 221-226; Oxbow.

- HOSTNIG, R., 2004 – *Arte rupestre del Perú. Inventario nacional*; Lima: Concytec.
- NUÑEZ JIMÉNEZ, A., 1986 – *Petroglifos del Perú*, 2 tomos; La Habana.
- ROSTWOROWSKI, M., 1967-68 – Etnohistoria de un valle costeño durante el Tahuantinsuyo. *Revista del Museo Nacional*, XXXV: 7-61; Lima.
- ROSTWOROWSKI, M., 1973 – Plantaciones prehispánicas de coca en la vertiente del Pacífico. *Revista del Museo Nacional*, XXXIX: 193-224; Lima.
- SANTILLÁN OLIVA, M., 1959 – Aspectos arqueológicos de Chongoyape. *Actas y trabajos del II congreso nacional de historia del Perú*, 1: 68-69; Lima.
- SHIMADA, I., ELERA, C. & SHIMADA, M., 1983 – Excavaciones efectuadas en el centro de Dacha Lucia Cholope, del Horizonte temprano, Batán grande, costa norte del Perú: 1979-1981. *Arqueológicas*, 19: 109-208; Lima.
- VALCÁRCEL, L. E., 1926 – Los petroglifos de la Convención. *Revista universitaria*, 51: 4-14; Cuzco.

Anexo

Figura 1 – Vista general del sitio de Checta



132



Figura 2 – Vista de la parte delantera del sitio de Checta, con el emplazamiento de algunas piedras con cúpulas



Figura 3 – Cabeza zoomorfa con tocado



Figura 4 – Checta:
piedra con cúpula
ubicada a la entrada
del sitio

133

Figura 5 – Checta: gran
piedra cubierta con cúpulas
y ranuras de pulimento



Figura 6 – Cúpulas,
petroglifos y ranuras de
pulimento

actes & Mémoires 12



Rainer Hostnig
Matthias Streeker
Jean Guffroy (eds.)

Actas del Primer Simposio Nacional de Arte Rupestre (Cusco, noviembre 2004)



Rainer Hostnig
Matthias Strecker
Jean Guffroy (eds.)

12

actes & mémoires

Lima, abril de 2007



IFEA

INSTITUTO FRANCÉS DE
ESTUDIOS ANDINOS



Institut de recherche
pour le développement



Embajada de la
República Federal de Alemania
Lima

Actas del Primer Simposio Nacional de Arte Rupestre
(Cusco, noviembre 2004)

Hecho el Depósito Legal N° 2007-01701

Ley 26905-Biblioteca Nacional del Perú

ISBN: 978-9972-623-46-2

Derechos de la primera edición, abril de 2007

© Instituto Francés de Estudios Andinos
Av. Arequipa 4595, Lima 18 - Perú
Teléf.: (51 1) 447 60 70 Fax: (51 1) 445 76 50
E-mail: postmaster@ifea.org.pe
Pág. Web: <http://www.ifeanet.org>

Este volumen corresponde al **tomo 12** de la colección **Actes & Mémoires de l'Institut Français d'Études Andines** (ISSN 1816-1278)

© Instituto de Investigación para el Desarrollo
Calle Teruel 357, Lima 18 - Perú
Teléf.: (51 1) 441 32 23 Fax: (51 1) 441 32 23
E-mail: rep-ird@amauta.rcp.net.pe
Pág. Web: <http://www.peru.ird.fr>

© Embajada de Alemania en el Perú
Av. Arequipa 4210, Lima 18 - Perú
Teléf.: (51 1) 212 50 16 Fax: (51 1) 422 64 75
E-mail: kanzlei@embajada-alemana.org.pe
Pág. Web: <http://www.embajada-alemana.org.pe>

Diseño de la Carátula: Iván Larco

Cuidado de la edición: Manuel Bonilla



Figura 7 – Cara delantera de una gran piedra con cúpulas

Figura 8 – Canto rodado con cúpulas proveniente del valle medio del río Chillón

